



Hay un sepulcro de luna al final del camino,
 una lluvia de lágrimas rojas,
 una losa resquebrajada en la agonía
 del vivir angosto y cotidiano.
 Constantemente nazco y muero.
 Ese saludo de luz lejana
 no es más que una angustia de fuego
 que quema mi ser atormentado
 y esparce cenizas de fe
 por los escombros de la duda.
 Hay un millón de plegarias encendidas,
 una huella anónima en el barro,
 un coro de voces
 que eleva al cielo el suspiro existencial.
 Esa visión de sombra engañosa
 rompe la quietud de la inmensidad
 en el reino de la muerte.
 Y me duele la vida en las entrañas.

IÑAKI AGUIRREZABAL

La nieve alcanza el corazón.

La noche
 es un pozo profundo, una agonía
 de luz que niega al sueño.

Y está sólo,
 en este laberinto, el pensamiento:

Icaro despertando a la palabra.

ANTONIO DEL CAMINO

Tañir tu pulso en semejante hondura
 es darle largas al aliento breve,
 alas al glande para que se eleve
 surcando tan angosta quemadura.

Tiemblan los labios en la lava pura,
 sorbe la entraña la genuina nieve
 y surge brusca tu marea y llueve
 calor de dios curvando tu cintura.

Uvas de luz son tus pezones. Tengo
 las yides de la vida entre las manos
 y alegremente a ellas voy y vengo.

Y en ellas soy de ti y soy más hombre
 y aún más tuyo y de ti... y aún más humano
 si apuro el cáliz tierno de tu nombre

PABLO GLEZ. DE LANGARIKA

En la memoria el tiempo permanece.
 En ella niega la distancia, y fluye
 lento, a veces, febril. Mas siempre huye
 de lo que somos, y nos pertenece.

Siempre nos niega el tiempo. Así parece
 que al tiempo nos negamos, que destruye
 lo que el Deseo desea, o reconstruye,
 desde un tiempo pasado que adormece.

¿Es mentira del tiempo la memoria?
 ¿Tal vez el propio tiempo es la mentira?
 ¿O la mentira, acaso, sea la historia...?

¿Y la verdad? = La duda de quien mira
 con los ojos sin tiempo, y ve la noria
 del tiempo que, en el tiempo, gira y gira.

ANTONIO DEL CAMINO

CALVARIO

SI recorro mi cuerpo y sus rincones,
 constato en él mi condición mendiga.
 Me ata su piel, el corazón me hostiga,
 y me deprimen mis sudoraciones.

Mis huesos, fragilísimos bastones,
 sostienen mi esperpéntica fatiga.
 Y cómo me conduzco, yo el auriga
 de mis pies y sus muchos tropezones.

Largo el camino, y el descanso corto,
 qué hartado de ser, qué lúcido, qué blanco,
 qué desesperanzadas mis protestas...

Qué peso para mí: no me soporto.
 Y sangro miedo, pero sigo andando,
 Y última caída con mi cuerpo a cuestras.

JAVIER DE BENGOCHEA